



CARLOS E. RAMOS GONZÁLEZ
UNIVERSIDAD INTERAMERICANA DE PUERTO RICO
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

TERRAZO EN SUS 75 AÑOS: LECCIONES DEL «MISTEL» (ABELARDO DÍAZ ALFARO)

Resumen: *Terrazo* cumple 75 años de ser publicada. Al escribir sobre el drama que le tocó vivir, Abelardo Díaz Alfaro describe con amargura la explotación y miseria del campesinado puertorriqueño de las décadas inmediatamente previas a 1950. Desde su publicación hasta nuestros tiempos ha sido aquilatada como un hito de nuestro quehacer literario. De una lectura renovada de esta obra, aún se deducen lecciones pertinentes y verdades eternas. Su reconocimiento y estudio enriquecen la lengua mientras nos permiten comprender mejor la realidad de la cual se nutre.

Palabras clave: Abelardo Díaz Alfaro, *Terrazo*, literatura puertorriqueña, transculturación, solidaridad, explotación infantil, habla campesina

Abstract: *Terrazo* celebrates 75 years of being published. When writing about the drama that he lived through, Abelardo Díaz Alfaro bitterly describes the exploitation and misery of the Puerto Rican peasantry in the decades immediately prior to 1950. From its publication to our times, it has been appraised as a milestone in our literary work. From a renewed read-

ing of this work, pertinent lessons and eternal truths are still deduced. Its recognition and study enrich the language while allowing us to better understand the reality from which it is nourished.

Keywords: Abelardo Díaz Alfaro, *Terrazo*, Puerto Rican literature, transculturation, solidarity, child exploitation, rural speech

Fecha de recepción: 29 de noviembre de 2022

Fecha de aceptación: 20 de enero de 2023

Abelardo Díaz Alfaro tenía 31 años cuando publica *Terrazo* en 1947. Se había graduado de trabajador social de la Universidad de Puerto Rico en 1939 tras obtener su bachillerato en San Germán en el Instituto Politécnico, hoy Universidad Interamericana de Puerto Rico. Nunca escribió literatura ni publicó mientras cursó su carrera universitaria. Le atraían las humanidades, pero a instancias de sus compañeros, ingresó en el Colegio de Ciencias Sociales (cit. en Díaz 11). Nacido en el Barrio Savarona de Caguas, era hijo de un padre ministro, Abelardo Díaz Morales y una madre educadora Asunción Alfaro Alvarado. El reverendo Díaz Morales ejercía, a su vez, las labores de escritor y periodista. Desde muy joven, Díaz Alfaro estuvo muy cerca del mundo de la escritura y la educación. De esta manera, vivió el mundo de la palabra escrita y la pedagogía sin haberla estudiado de manera formal.

Terrazo es un libro que refleja las vivencias del Puerto Rico atribulado al que estuvo expuesto su autor. No tuvo Díaz Alfaro una infancia o juventud pobre o explotada como la que vivían la mayoría de sus compatriotas. Ser trabajador social le permitió devengar algún ingreso fijo y escribir sobre el drama puertorriqueño que le tocó existir. Su oficio lo llevó

por los campos y barrios pobres de su época, particularmente en los pueblos de Toa Alta y Cidra.

Ubiquemos brevemente el contexto histórico del Puerto Rico de 1947 en el que escribe. Se asomaba el fin de una década donde los puertorriqueños serían autorizados por la metrópolis estadounidense a elegir su primer gobernador. Díaz Alfaro vive el país del perenne colonialismo, esta vez bajo una metrópolis norteamericana que se comportaba como el explotador más clásico operando, a su vez, ante un afincamiento de una conciencia nacional puertorriqueña. Esta conciencia también era alentada por un nacionalismo defendido por el Partido Nacionalista y las vivencias cotidianas del pueblo trabajador. Ya existía un Partido Popular Democrático que había abandonado el ideal independentista y abrazado un autonomismo o «gobierno propio» también impulsado por la Marina de guerra de los Estados Unidos y las necesidades de postguerra de la nación norteamericana (cit. en Collado-Schwartz 369-429). El país comenzaba a salir de ese abandono e iniciaba algo que producía una extraña sensación colectiva: en algún punto se atisbaba una esperanza amarga, pero mucho mejor de lo existente. Se combinaba con la necesidad de afirmar los imperativos y símbolos del ser puertorriqueño a la vez que se denunciaban los intentos por destruirla.

En el ámbito socio-económico, la década marcaba el fin de una lucha sindical solidaria que apuntaba y se organizaba hacia las verdaderas causas de la explotación y miseria para permitir el acatamiento laboral. El final de la década de los cuarenta daría paso a una sumisión sindical atraída por un programa gubernamental que prometía salir de esa miseria (cit. en García y Quintero Rivera 127-162). Era el inicio del mareo colectivo y la subordinación a un nuevo «dependentismo» timoneado por el gobierno. La manufac-

tura era el nuevo mantra del crecimiento económico que, en 1944, impulsaría el triunfante Partido Popular. Ahora, la gobernanza territorial/colonial sería la encargada de acelerar la crisis de la economía de plantaciones. La dura vida de la agricultura, la siembra del tabaco y de la caña se irían transformando en otra forma de miseria escondida bajo la manufactura. No obstante, como nos advierten Gervasio García y Ángel Quintero Rivera, esa crisis se manifiesta sin «haberse consolidado aún la economía manufacturera que habría de sustituirla» (127). Este disloque en las formas de producción iría creando un nuevo imaginario cuya develación precisa la estamos presenciando justo en estos tiempos.

El joven adulto Abelardo Díaz Alfaro vive esta esperanza extraña y amarga. *Terrazo* se convierte en un grito literario en defensa de su tierra, el campo, el campesino desplazado y la afirmación nacional. Es la condena de la sumisión a lo extranjero, a la falta de cuidado médico y a la consecuente mortandad infantil, al racismo y a la explotación del pobre.

Es curioso lo expresado por uno de nuestros más grandes e importantes escritores en ocasión de conmemorarse los cincuenta años de publicarse *Terrazo*. Escribía lo siguiente nuestro ilustre dramaturgo y escritor nacional Luis Rafael Sánchez: «[L]os cuentos de Abelardo Díaz Alfaro triunfan sobre la adversidad del tiempo porque modelan un enunciar y un fracasar recio, sobradas de verdades eternas. Además, porque viajan al fondo de los puertorriqueños que sobrevive a pesar del derrumbe» (*Los lujos de la memoria* 15).

Hoy, a los setenta y cinco años de su publicación, lo afirmado tiene particular vigencia. A pesar del derrumbe más crudo de las últimas dos décadas y media, *Terrazo* sigue educando, haciendo que sus verdades se conviertan en imperativos puertorriqueños que solo deben presagiar una patria feliz. En esta corta reflexión quiero destacar algunas de estas

lecciones y verdades eternas que he derivado de la lectura repetida de esta obra.

Vamos a la lección primera: la tierra hay que cuidarla, trabajarla y amarla.

Sobre esta lección, anteriormente escribí lo siguiente:

[E]n un sentido, [Abelardo Díaz Alfaro] fue nuestro primer ambientalista. Su canto y evocación a quienes en ella laboran prueban que este cagueño apegado a su tierra y su gente solo proclamaba desde su Isla-nación una verdad universal: se ama la tierra donde se nace, se cultiva la misma porque nos devuelve la vida y se honra a quienes la laboran pues nada puede ser más noble que cultivar la vida. Negar la tierra donde se nace, entregarla al extranjero, mancillarla con su abandono, o propiciando su deterioro o desaparición, es en efecto, negar la vida, es cometer parricidio o matricidio. La tierra-patria y la tierra vida imponen un deber sagrado. (55)

En su cuento *El fruto* es donde mejor aprendemos esa lección. Se trata de un símil entre el cultivo de la tierra, la fertilidad de la mujer y las vicisitudes del campesino pobre y explotado con unas probabilidades muy altas de sufrir la mortalidad infantil una y otra vez. Tras un recorrido por la siembra, de llevarnos a laborar la tierra y luchar por su fruto, nos dice: «La tierra es buena como la mujer, pero el fruto cuesta mucho trabajo cuidarlo y después se pierde como el hijo» (Díaz Alfaro 33). Cuenta Díaz Alfaro, sobre la amargura inicial de don Tello tras el anuncio del tercer embarazo de su mujer, quien en los últimos años ya había perdido dos hijos a causa del hambre y de las enfermedades que produce la miseria. Perturbado y preocupado, el personaje de don Tello, el

padre, comenta cómo ahogaría sus penas: «Me diré a bebel, a ajumarme como los otros. Esos que no ofenden la tierra ni por un pienso, y viven más desempañaos» (31). Nótese la forma de referirse al campesino y su veneración por la tierra: «esos que no ofenden la tierra ni por un pienso» (31). Al final del cuento, concluye, de forma resignada, reiterando lo siguiente: «La mujer es buena como la tierra y el fruto es de Dios» (33).

La preocupación por el medioambiente también está presente en expresiones de solidaridad con el campesino de la caña, explotado y muy pronto desplazado. Lo vemos en el cuento *Don Fruto Torres* una de las narraciones del libro que recoge lecciones fundamentales muy variadas. Después de relatar la amargura de un trabajador sin empleo y despreciado por ser envejeciente, escribe lo siguiente: «Con eso me pagan después que dejé mi vida en esos malditos aguasales del riego. ¡Maldito jumazo negro que nos quema el dulce de la tierra! —dijo mientras señalaba la chimenea negra centralina que se erguía amenazante sobre el verdor sereno del valle» (62). Se trata de una crítica a la práctica de entonces de quemar la siembra de la caña para facilitar su corte, pero que tenía efectos terribles en la salud y en el medio ambiente por el humo que desprendía y las cenizas que desparramaba. Los habitantes de esa generación de municipios con zonas cañeras recuerdan las terribles cenizas esparcidas por todo el sector, al que se unía un sentido de impotencia colectiva para detener esta práctica. Por esta misma razón son también indignantes las cenizas sobre Yabucoa causadas hoy día por la quema de carbón de las cogeneradoras privadas de energía. Décadas atrás, esa misma tierra también sufrió con frecuencia de las cenizas de la quema de la caña de azúcar. Abelardo Díaz Alfaro se adelantó a esa denuncia.

El amor a la tierra también está presente en el cuento sobre su abuela Dolores Morales Morales, *El gesto de la abue-*

la, donde evocaba su infancia en el valle del Toa. En él nos explica cómo la invasión de 1898 trajo consigo a los «rubios mercaderes» de la tierra que tenían grandes cantidades de dinero para comprar terrenos costeros. La abuela preconizaba: «Y después se quedarán con las tierras del centro, con el corazón de la patria» (46). El autor narra cómo su abuela Dolores

[r]ecibió a los rubios con la cortesía de los bien nacidos, pero su corazón estaba al acecho. Le ofrecieron más del doble del valor real de la finca. No obstante, permaneció inmutable resistiendo la tentación. Y fueron inútiles las argucias de los mandatarios contra aquel espíritu recio, que cual robusto mango que ella sembrara sabía resistir sin doblegarse los embates del viento huracanado». (47)

Añade que uno de los mandatarios de la central le dijo: «“Señora, si le estamos comprando su finca como si fuera oro”. Doña Dolores se creció, y mirando el valle esmeraldino y la cinta de plata del río, y a sus hijos, le dijo: “Yo no vendo un pedazo de mi patria”» (47).

Ante esta situación solo puedo pensar en los mercaderes de ciertas leyes que en estos momentos acechan el Viejo San Juan, Puerta de Tierra y ciertas partes de nuestra isla. Todos en búsqueda de tierras y bienes inmuebles para la explotación comercial, o usura, empobreciendo nuestro acervo nacional. Se trata de los nuevos «mercaderes rubios» de la tierra e inmuebles boricuas.

Finalizo esta lección sobre el valor de la tierra citando las palabras de Díaz Alfaro en una entrevista que en 1960 le hiciera el periódico *El Mundo*, la cual nos ayuda a valorar mejor lo narrado en *Terrazo*:

Peregrino, ¿cuántas veces te he hablado de la tierra? Mi vida ha sido consagrada a cantarle a sus colinas, a sus

guindas violáceas, a su cielo de milagro, a su mar azul que de azul sangra en sus olas. No me canso de proclamar su belleza, como no se cansa del sol de girar en el espacio, ni el hilo la quebrada de fluir las peñas bermejas. La llevo en mi alma como una consigna, como un sagrario, como un rito. Cuántas veces por defenderla se me ha tildado de escritor costumbrista decadente, de hombre de alma provinciana. Sí, para mí la tierra es una costumbre gloriosa, un acto de amor y fe cotidianos. Con la misma pasión le cantaron Gautier Benítez, Llorens Torres, Virgilio Dávila . . . (cit. en Ferrer Canales 11)

Prosigamos a la lección segunda: los puertorriqueños y puertorriqueñas resistimos la explotación, los esfuerzos de transculturación, de forma consciente o inconsciente, con estoicismo y dignidad sin perder la esperanza.

En su cuento *El Pitirre (Guatibiri)*, Díaz Alfaro retrata esa resistencia a través de esta aguerrida ave tan presente en nuestra cotidianidad:

Pueblo estoico, has sufrido y resistido los vientos malos de la naturaleza y los vientos malos del destino. Pueblo que has sabido de la opresión y del escarnio. Tu pequeñez ha sido tu único delito. Pero has sido grande en el espíritu; ya cantaba Gautier: «todo, todo me falta en esta vida; me sobra corazón. Todo, todo nos ha faltado en la vida, pero nos ha sobrado corazón. Y así el cogollo de la puertorriqueñidad has lanzado, aunque a veces herido, tu grito de lucha: Pitirre, pitirre, pitirre». (49)

En el cuento *Don Fruto Torres*, al cual he hecho referencia, Díaz Alfaro alude al anciano cansado de recibir golpes en la vida. Escribe: «fantástico y utópico me parecía

el cambiar actitudes a este viejo hacho a golpes de caña, que podía señalarme como la actitud suprema ante la adversidad: ese estoicismo de buey viejo, indiferente al yugo que le hiere el cogote. Anhelé en ese instante tener un poco de aquella fe que ungía al Maestro en la agonía del huerto» (62).

En *Don Rafa, Caballero del Machete*, evoca la dignidad de la persona con penurias económicas. Don Rafa es un hombre campesino retirado, que en su momento había sido rico mientras pudo vivir del cultivo del tabaco y que siempre extendía a Díaz Alfaro la hospitalidad de su hogar. Así nos lo cuenta: «Don Rafa fue en sus tiempos un hombre bastante rico. Los terrenos aledaños a su casita le pertenecían. Se metió en deudas, y hasta que no saldó la última cuenta, no se sintió tranquilo. “Estoy arruinado, pero mis hijos no tienen que avergonzarse de su padre; no le debo un chavo a nadie. Pobre, pero con honra”» (68).

En la *Receta del curioso* nos cuenta sobre sus inicios como trabajador social y sobre sus errores por falta de experiencia. Al intentar denunciar y educar sobre las inexactitudes de los curanderos, a quien le preguntaba respondía sin ambages que estos eran unos farsantes y explotadores. El principal de escuela que lo acompañaba criticó esta respuesta. Necesitaba que el joven trabajador social recordara que la miseria había llevado al pobre a recurrir a estos remedios. Cuenta el autor: «Y entonces, don Marce me dijo algo que no se me olvidará jamás: Nunca mates la flor de la esperanza, cuando en la vida solo quedan ruinas» (57).

La parte final del libro *Terrazo* recoge lo que posiblemente son los cuentos más conocidos que incluso han sido llevados a medios de comunicación como la radio y la televisión: *Tres historias de Peyo Mercé*. Se trata de la ejemplificación cómica, pero llena de amargura, de tres historias autobiográficas sobre las experiencias del autor como maestro ante

los intentos de transculturación. Expone los intentos fallidos del gobierno y sus aliados por enseñar de manera forzada el idioma inglés y costumbres extranjeras para suplantar el vernáculo como nuestro primer idioma. Basta recordar el espanto de los estudiantes cuando el viejo gordo Santa Clós se apareció en el salón de clases. Tras huir despavoridos, el director de la escuela echaba la culpa al maestro Peyo Mercé de sembrar de antemano miedo a los estudiantes. Sin inmutarse, el cuento cierra con la respuesta de Peyo Mercé: «*Mister Escalera, yo no tengo la culpa de que este santito no esté en el santoral puertorriqueño*» (57).

Finalmente, el cuento *El Josco*, primer cuento de la publicación, quizás constituye la quintaesencia de la resistencia puertorriqueña frente a la imposición y subordinación colonial. El toro josco era el padrote de una finca a quien un vecino intenta sustituir por otro padrote, pero de origen americano, con el fin de «mejorar la raza». El toro importado y el josco se enfrentan en una pelea que finalmente ganó el toro boricua quien hiere a su contendor y lo hace huir. Aun así, el dueño de la finca decide que solo permanecerá como padrote el toro americano, lo cual implicaba que el Josco seguiría como toro para ayudar a surcar la tierra. Al poco tiempo, este toro victorioso, aparece desnucado finca abajo. El cuento concluye con la frase: «Mi pobre Josco, se esnucó de rabia, Don Leopo, se lo dije. Ese toro es padrote de nación; no nació pa yugo» (20).

La lección tercera: los más vulnerables y pobres de la tierra obligan la solidaridad de todos, aunque muchas veces la solidaridad principal se manifiesta entre los mismos oprimidos.

En el cuento *Don Fruto Torres*, Díaz Alfaro nos sumerge en otras dificultades del don Fruto. Nos narra el embarazo de

su hija discapacitada, quien era conocida como «la Arrastrá» por la imposibilidad de moverse con sus propios pies. Esta joven había sido enamorada mediante engaño incluyendo promesa de matrimonio. Una vez tuvo acceso carnal, y luego de embarazarla, el responsable abandonó los aparentes amores. Cuenta don Fruto que llevó al hombre a juicio «pero usted sabe, que la justicia no se hizo pa el pobre» (62). Logró una mensualidad insuficiente asignada por el tribunal por lo cual don Fruto intentó regresar a trabajar para completar la manutención del nieto. El trabajo le era denegado por ser «viejo» por lo cual tuvo que depender de la caridad vecinal para alimentarlo. Tiempo después, don Fruto estuvo a punto de perder su hogar y enfrentaba una orden de desalojo a causa de una alegada deuda. Díaz Alfaro, el «místel», en su oficio de trabajador social logra hacer una recolecta exitosa casa por casa acompañado de don Fruto quien, ante la necesidad de pedir dinero, estaba más «avergonzado que yo». El apoyo principal lo recibía de aquellos que menos recursos tenían.

Al final nos narra que aprendió una gran lección: «hay que esperar más simpatía para el dolor humano de los pobres que de los ricos. Los primeros, paradójico y todo, me ayudaron más» (63).

Como muchas de las narraciones incluidas en *Terrazo*, se trata de una historia autobiográfica. La versión completa nos la ofrece años después la viuda de Abelardo Díaz Alfaro, la Sra. Gladys Meaux (cit. en Ruiz Ellis 29). Hay una lección de humanidad y solidaridad tan inmensa que debe mencionarse para entender mejor el cuento publicado. Un compadre vecino reclamaba a don Fruto una deuda relacionada con el terreno donde residía en su casita destartalada. Díaz Alfaro sabía que, si no intervenía, con o sin tribunal por el medio, el asunto se iba a resolver finalmente a «machtetazo limpio», tal como solían adjudicarse en esos tiempos algunas

controversias vecinales. Esta fue una de las razones que tuvo para intervenir en la polémica. Pero hizo más: indagó sobre el título de propiedad del vecino reclamante y descubrió que esa propiedad estaba ubicada en un área de dominio público, por lo cual don Fruto nada debía. Así lo presentó ante el tribunal, logrando incluso que el vecino reclamante retirara su demanda. A pesar de ello, Abelardo decidió que el dinero recolectado le fuera otorgado a don Fruto. La intervención de Díaz Alfaro también logró que los vecinos-compadres volvieran a hablarse entre sí.

La lección cuarta: la víctima principal de la pobreza eran infantes, sobre todo si provienen de familia negra.

Dos de los doce cuentos que componen *Terrazo* tratan sobre la muerte de niños. Díaz Alfaro escribe sobre estos fallecimientos de forma muy dolorosa. En *El boliche* nos narra la vida del obrero del tabaco que incluía miembros de la familia laborando en la preparación de las hojas. El tabacalero se veía en la obligación de hacer que sus hijos menores trabajaran. Uno de estos cae del techo de una estructura donde se colocaban las hojas de tabaco para secarlas. Eran «[n]iños prematuramente viejos, que no saben de los Reyes Magos y sí de la noche mala, y de la puya, cuando lo hay» (36). Como era costumbre entre los pobres en el campo, lo trasladaban para el velorio transportado en una hamaca. En el *Cuento del baquiné* narra el baquiné de un niño negro que había enfermado y lo habían tratado con remedios caseros tras no encontrar que lo admitieran en un hospital. En particular se ven forzados a emplear la «hoja milagrosa y de la esperanza», la «baquiña» (39). Era el remedio ofrecido por la tradición y los curanderos para los que no tenían recursos o acceso a hospitales. Díaz Alfaro aprovecha la narración para denun-

ciar el discrimen y explotación contra las personas de raza negra. Al reflexionar sobre los cantos en el baquiné, cuenta la «historia del negro que lleva el familiar al hospital del pueblo, tembloroso de fiebre, y al llegar se le dice: “No hay cama, no hay cama”» (40). Al describir las formas de rituales que cantaban los participantes del baquiné, Díaz Alfaro cuenta en primera persona lo escuchado y observado como partícipe de estos rituales, a muchos de los cuales asistió durante su vida profesional en el barrio Yaurel de Toa Alta. Lo hace de forma desgarradora para denunciar el prejuicio, expresar su indignación, dar voz al lamento, al rencor de los pobres de la raza negra que veían morir a sus infantes por desnutrición y explotación causada por la economía de subsistencia.

Por último, la lección quinta: los vocablos lingüísticos, anécdotas y refranes populares del campesino de nuestra tierra no desmerecen nuestro vernáculo o la lengua española. Su reconocimiento y estudio enriquecen la lengua mientras nos permiten comprender mejor la realidad de la cual se nutre.

Dejemos que sea el prologuista de la primera edición de su libro, el escritor y crítico literario venezolano don Mariano Picón Salas quien nos explique esta lección desde su perspectiva en 1947:

Si hubiera tiempo para un análisis estilístico yo me detendría en tantos hallazgos espontáneos de idioma que hay en sus cuentos; en las síntesis metafóricas con que usted logra en grandes pinceladas dar todo el color del paisaje y establecer una como una misteriosa comunicación entre los seres y los objetos. Seguramente algún escritor académico que subordine la fuerza de la expresión al muerto canon de la regla se entretendría en con-

tar algunos giros incorrectos o algunas palabras que no son estrictamente castizas. Pero en usted hay mucho más que Gramática: hay un instinto creador que transforma, ennoblece y lleva hasta la auténtica Literatura (que es preciso no confundir con Retórica) la lengua del pueblo. (12)

Se refiere el crítico literario a expresiones usadas por el autor cuando hace hablar al campesino boricua, como por ejemplo: «palante, no juya usted eh de raza», «negro no vaya dil sin el puya que ayel no probó ni boca», «la jambre mujel, la jambre, Dios se olví e nojotros», «casco no má», «como no mistel mande usted», «amotetao» o «culivicente»; y refranes como «ahora sí que la puerca entorchó el rabo» o «allá juana con sus pollos».

La ilustre escritora y educadora puertorriqueña, la cagueña Margot Arce de Vázquez, comenta lo siguiente sobre estos vocablos y frases:

Y sus jíbaros hablan nuestra dulce lengua, nuestra fresca y graciosa lengua virgen todavía de los parásitos que mermen su savia y agoten sus frutos. Ante este habla tierna y metafórica, que recoge en sus sentencias una resignada ciencia del vivir a la vez estoica y cristiana, ¡cuál banal, cuan incolora, cuan torpe la lengua de los cultos, la de la caterva de los mister Escalera los mister Johnny Rosas!, de esos que se extraviaron en el tumulto de Babel y les bastaría un libro de Basic English para realizar sus negocios y cumplir con las necesidades humanas más elementales. (99)

Para el intelectual y estudioso del folklore puertorriqueño, Marcelino Canino Salgado, Abelardo Díaz Alfaro «. . . como narrador cultivado emplea un vocabulario que entremezcla el léxico sencillo con otro más selecto, logrando así un equilibrio, utiliza las peculiaridades fonéticas, morfo-

lógicas y semánticas, que caracterizan el habla de nuestros campesinos para ambientar y crear la atmósfera necesaria de sus narraciones y cuentos» (8).

En 1962, en ocasión de celebrarse los primeros quince años de la primera edición de *Terrazo*, el periódico *El Mundo* recogía el sentir y resentimiento de Díaz Alfaro sobre este asunto. Myrna H. Deliz escribía en una columna lo siguiente:

Desdeñoso de reconocimientos oficiales por intelectuales ya que me «doctoré con toga de hollejo y birrete de laurel sabino», Abelardo siempre ha aspirado llevar su obra al Pueblo que tanto admira y quiere y así afirma que «la fonda, el cafetín, el ventorrillo son para mí Academia y Ateneo»; pero a pesar de esto, *Terrazo* fue premiado en 1947 por la Sociedad de Periodistas Universitarios y por el Instituto de Literatura de Puerto Rico. (11)

La autora termina su escrito con el siguiente comentario y cita de Díaz Alfaro:

. . . los intelectuales comentan que si el estilo, que si la forma, etcétera, etcétera y que nada de eso tiene ningún significado. Lo que vale es que el Pueblo se reconozca en las estampas y en los cuentos y vean que alguien se ha acordado de ellos . . . quien no conoce de la siembra y la zafra, los linderos y guardarrayas que los circundan, no se conoce a sí mismo y por ende no puede proyectarse en el ámbito de los ajeno o foráneo. (11)

De hecho, hoy día expresiones como «culivicente», usada por Díaz Alfaro en su cuento *Trasplante y desplante*, están contenidas en el *Tesoro lexicográfico del español de Puerto Rico* publicado por la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española. De igual forma, algunos de los refranes que recoge

Terrazo forman parte del *Tesoro vivo del español de Puerto Rico* también publicado por la Academia (20).

¿No es acaso una lección similar, pero más contemporánea, la que nos ofrece también Luis Rafael Sánchez cuando afirma «[s]i mi literatura sirve de trampolín para hablar el país me parece bien, pero yo no soy político, no soy sociólogo, yo no soy analista? Yo trabajo desde la sensibilidad, la mirada sobre todo de la oreja. Yo escribo con la oreja» (*Somos un país* 42).

Es una enseñanza igualmente para quienes se dedican en nuestros días al quehacer literario. Para la generación nacida justo en esos años cuando Abelardo Díaz Alfaro publicaba *Terrazo*, ciertos vocablos de muchos de nuestros jóvenes, y en particular la letra de muchos de los exponentes del llamado género musical urbano, nos pueden causar «perplejidad y hasta levantar cuestionamientos» (Rodríguez Juliá 42). Aún así, esas expresiones son también un reflejo de una rebeldía juvenil puertorriqueña histórica que nos ayuda a cobrar conciencia de nuestra realidad nacional y de las inequidades e injusticias que la caracterizan.

La Dra. Arce de Vázquez finaliza su crítica a esta obra con un trascendental mensaje educativo donde resume las lecciones de *Terrazo*:

Obras así, que esclarecen nuestra personalidad histórica, que descubren nuestra pasión y afirman nuestra esperanza contribuyen a despertar nuestra conciencia civil y a orientarla más recta y sabiamente que todos los derrotismos de última moda con que estamos en trance de entregar nuestro derecho de primogenitura por ese plato de lentejas que comeríamos en la deshonra y en la abyección. (100)

Terrazo cumple setenta y cinco años. Las lecciones sobre las que he reflexionado hacen que esta obra sea incluso más

vigente y pertinente que en 1947. La fuerza del ser puertorriqueño, su creatividad, estoicismo y dignidad siguen marcando el porvenir de una patria gloriosa, gozosa y feliz. Solo el gobierno autónomo de Caguas está conmemorando con vehemencia este aniversario, proclamando su vigencia con fuerza, alegría y libertad. ¿Por qué el gobierno central y los partidos políticos que se han alternado el poder en estos mismos años no han hecho de *Terrazo* una lectura más venerada, celebrada y eternamente obligatoria por excelencia en nuestro sistema educativo? ¿Por qué no han cumplido a plenitud con lo dispuesto por la Ley 119 de 1998 que ordena conmemorar cada 24 de julio el nacimiento de Abelardo Díaz Alfaro con una correspondiente asignación presupuestaria ya estipulada en la ley?

La respuesta, quizás, hay que buscarla entre intereses malsanos o maleducados que nos gobiernan tanto en la esfera pública como en muchos sectores de la esfera privada que buscan perpetuar el estado actual de las cosas. Viven de la sumisión y el «dependentismo».

Es por lo que hoy, más que nunca, es necesaria una lectura renovada y repetida de *Terrazo*. Este libro de setenta y cinco años mantiene vigente su lección más trascendental y eterna. Conviene reiterarla citando el grito más resonante de la obra: «no nacimos para ser yugo» de nada ni de nadie.

OBRAS CITADAS

Academia Puertorriqueña de la Lengua Española. *Tesoro vivo del español en Puerto Rico*, 2022.

---. *Tesoro lexicográfico del español de Puerto Rico en línea*, 2020. [Consultado en línea en <https://tesoro.pr/>].

- Agosto Otero, Milagros. «Abelardo Díaz Alfaro en el cuento puertorriqueño». *Cultura*, 1997.
- Canino, Marcelino. «Vigencia, presencia y voluntad de Abelardo Díaz Alfaro». *Claridad Digital*, 2019. [Consultado en línea en claridadpuertorico.com/vigenciapresencia-y-voluntad-de-abelardo-diaz-alfaro].
- Collado-Schwartz, Ángel. *Truman y Puerto Rico: el origen de un proyecto descolonizador fallido*. La Voz del Centro, 2019.
- Deliz, Myrna H. «Díaz Alfaro Díaz Alfaro define su ideal de escritor al comentar la octava edición de Terrazo», *El Mundo*, 21 de mayo de 1962.
- Díaz Alfaro, Abelardo. *Terrazo*. Editorial Plaza Mayor, 1999.
- Ferrer Canales, José. «Honor a nuestra bandera y a Díaz Alfaro». *Cultura*, 1997, pp.7-13.
- García Gervasio I. y Ángel Quintero Rivera. *Desafío y solidaridad: breve historia del movimiento obrero puertorriqueño*. Ediciones Huracán, 1982.
- Ramos González, Carlos E. «La dignidad de Abelardo Díaz Alfaro». *Revista Jurídica de la Universidad Interamericana de Puerto Rico*, vol. LI, 2016, p 51.
- Rodríguez Juliá, Edgardo. «Gentrificación», *El Nuevo Día*, 12 de noviembre de 2022.
- Ruiz Ellis, Aixa. «Perfil de Abelardo». *Cultura*, 1997.
- Sánchez, Luis Rafael. «Los lujos de la memoria». *Cultura*, 1997.
- . «Somos un país esencialmente autobiográfico». *El Nuevo Día*, 22 de marzo de 2016.